

Álvaro García Moreno

Napoleón

Se abrió la puerta del quirófano. Mi madre y yo, en silencio, nos pusimos en pie. Ella miró al médico e instantáneamente rompió a llorar. El doctor la tranquilizó: la operación se ha realizado con éxito, su marido está bien. Por ahora, debió de pensar para sus adentros. Yo mantenía intactas las esperanzas. Tras un silencio, salió de su boca la palabra maldita: metástasis. Una palabra que me persigue desde entonces.

Mi padre, poco a poco, se recuperó de la operación. Le habían tenido que rajar el costado y separarle las costillas para acceder al pulmón. Él, no sé si resignado o simplemente introspectivo, seguía al pie de la letra todas las indicaciones que le hacía el personal sanitario sin decir una palabra: pasea, sopla por ese tubito, no te quedes tumbado en la cama...

Mi madre, no sé si por miedo o por negación, tampoco decía nada al respecto. Le acompañaba en la habitación, le ayudaba en su rutina hospitalaria, e insistía en dormir con él. Solo en un par de ocasiones logré convencerla de que era mejor que me quedara yo para que ella descansara en casa. Mi madre sentía que debía estar a su lado en cada instante, que esa enfermedad era tan suya como de mi padre.

Por mi parte, no sé si testarudo o cobarde, enfrenté la noticia de la metástasis como una lucha. Una lucha que tenía que ganar. Necesitaba, para ello, una buena estrategia y un ejército que la ejecutara. Pasé días y días buscando y recopilando en un documento los mejores equipos de oncología de Madrid y los posibles tratamientos. Era Napoleón.

El día en que salimos del hospital, ya en casa, mi padre nos dijo estoico: No pienso tratarme. El médico que le había atendido en el hospital nos había dado pocas esperanzas, teniendo en cuenta la agresividad del tipo de tumor y el proceso avanzado de metástasis. Pero pocas no son ninguna. Así que, confiando en mi victoria, emprendí mi primera batalla, persuadir a mi padre.

Convencer, o más bien, vencer esta primera contienda fue más fácil de lo que me imaginaba. Siempre había tenido una relación especial con mi padre y sabía cómo persuadirle de casi todo lo que me proponía. Le costaba decirme que no cuando usaba ciertas tácticas emocionales y, por supuesto, en esta ocasión, usé todas las necesarias. A mi madre no le gustaba la presión que ejercía sobre él, pero eso no me detuvo. Al fin y al cabo, yo era Napoleón. Con el tiempo, incluso ella llegó a contagiarse de mi desmedido entusiasmo, avivando ciertas llamas de esperanza hasta entonces apagadas.

El tratamiento empezó en escasas semanas. Al principio, todo parecía marchar bien. Mi padre se encontraba en buen estado, dentro de lo razonable, y su cuerpo respondía a la quimioterapia. Sin embargo, a partir del segundo mes, todo cambió. Sus fuerzas empezaron a apagarse, al mismo tiempo que su humor se agrió. Los médicos ya no se mostraban tan esperanzados, y entonces me di cuenta del error que había cometido.

Jugarretas del destino, ahora soy yo quien se encuentra en su misma situación. El día en que mi padre decidió no tratarse también fue el día en que me dijo que, antes de morir, quería pasar una mañana pescando conmigo en la barca de nuestro vecino Ramón, como hacíamos en verano cuando yo era pequeño. Para cuando quise cumplir su deseo, ya era demasiado tarde.

Saúl, hijo mío, tú no eres Napoleón, al igual que yo tampoco lo era, y esto no es una guerra. Llévame a pescar, por favor.